



LA CALLE

Calle: un sendero que el ganado sigue.

Calle: un camino estrecho entre dos paredes.

Dos calles que se encuentran: ha nacido una ciudad.

Es sabido. Acotado el espacio de tierra, los fundadores de la ciudad procedían a trazar sus calles. Y en el espacio ya circundado tenía lugar la señalización de las casas de los dioses y de las casas de los hombres, en este orden.

Se dice que las ciudades se trazaban directamente sobre tierra, empuñando un arado. El surco marcaba el perímetro de la ciudad; allí donde el arado no incidía la tierra se alzaría una puerta. En el interior del cerco, el arado incidía una serie de surcos: las calles. Si esto es cierto, yo no lo sé. Sé que delirar significa salirse del surco que se va trazando—lat., *lira*, surco—. Las calles de muchas ciudades, y en consecuencia las mismas ciudades, son el es-

quema de unos delirios tristes o geniales que dejaron en tierra indeleblemente inscritos los fundadores de ciudades.

Lo que diferencia una ciudad de un conjunto urbano—a mi entender—es la calle; la red de calles que apresa a los animales de ciudad: los hombres. Los cuales, para no morir de intemperie, alzan sus viviendas en la ciudad, entre calles; para no morir de carencia de cosas, abren tiendas o plantan mercados en las calles; para no morir de pobreza, instalan negocios en las calles. Y para no morir de aburrimiento y aislamiento salen todos, casi a una, a las calles de la ciudad.

Advertencia: Estos grandes espacios libres, transitables, que se llaman vías de comunicación—a mi entender, siempre—, no son calles. Son... vías de comunicación.

La calle es otra cosa.

Toda ciudad consciente, por grande y próspera que se halle a la sazón, guarda fidelidad a sus calles y se cuida de crear calles nuevas que traben entre sí las partes de la ciudad, huyendo de las famosas vías de comunicación, que son meros enlaces urbanos dentro de conjuntos urbanos.

La calle es el canal por el que pasa la vida de la ciudad a lo largo del tiempo.

Porque los Campos Elíseos son una buena calle de París, Sacha Guitri pudo hacer una película de la ciudad sin más que decirnos: "Subamos por los Campos Elíseos."

Nadie piense que con hacer una calzada y dos aceras y encender luces ha hecho una calle, porque con ello tan sólo se ha sugerido la posibilidad de una calle que adquiera latir ciudadano.

¿Quién crea las calles? La vida misma de la ciudad. Se repite el caso del huevo y la gallina: sin calle no hay ciudad, y sólo la ciudad es capaz de crear sus propias calles. En el fondo, la calle la crea con su presencia y su ritmo vital ciudadano el habitante de la ciudad.

¿Cómo puede pensar nadie que ha mejorado una ciudad al convertir varias de sus calles en amplias vías de comunicación por las que corre fluido el tráfico rodado?

Lo que sobra en las ciudades es el automóvil, tal y como es en nuestros días. De lo que una ciudad jamás puede prescindir es de sus auténticas calles. Sin embargo, alegando el hecho de una nueva situación social y vital, situación que hace invivibles las ciudades antiguas, se ha decidido en varios casos autopistar las calles de una ciudad. Pero—insisto—el resultado de tan peregrina operación no es una ciudad mejor, ni una nueva ciudad siquiera: es la aparición de un habitat humano allí donde antes había una ciudad. Por eso, temo mucho que un día, todavía del siglo XX, pueda decirse al viajero que llegue a Madrid lo mismo que les decían a quienes peregrinaban a Roma el polaco Nicola Sep Szarynski y don Francisco de Quevedo (vide ed. J. M. Blecha): "Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!, / y en Roma misma a Roma no la hallas..." Viento, agua, guerras, se llevaron a Roma lejos de Roma; las vías de comunicación se llevan a las ciudades, a túrdigas, y las dejan expandidas sobre suelo, cubriendo inmensas extensiones que ya no tienen latido ciudadano.

Hace siglos y siglos que el hombre consideró que su poder en tierra quedaba señalado por la creación de ciudades. Hace siglos que el hombre sabe que en la ciudad la vida es más alta,

más plena, y que en la ciudad él da sus máximos humanos. La Historia señala siempre la quiebra de un modo de civilización con el derrumbamiento moral y material, con la desaparición efectiva de la ciudad enseña de aquella civilización. ¿Estaremos viviendo el paso de un tipo a otro de civilización? ¿Será la que viene civilización sin ciudades, aposentada en conjuntos urbanos inmensos hechos a medida del hombre mecanizado?

Esta es cosa para meditada en la calle.

Los auténticos ciudadanos sabemos vivir la calle, sostener la calle con nuestra personalidad puesta en ella. Cuando el ciudadano de una ciudad se encuentra perdido, amedrentado, incómodo, perplejo en la calle de la ciudad, puede decirse que una de estas cosas ha acontecido: o bien el ciudadano no era sino un ratón de campo residente en la ciudad: o bien la calle se mustió y ha quedado reducida a mera vía de tráfico. La calle se seca y la ciudad deja de ser ciudad. Cuantos pretendían ser ciudadanos auténticos resultan meros habitantes de complejos urbanos inconexos... ¡Ay ciudad perdida y nunca más hallada!

Apenas era siglo XX. En París, Marcel Proust, encamado en su cama del Bd. Haussmann, calculaba la hora del día y la estación del año por la mancha de luz en la pared y los pregones de la calle. Luz y voz le traían hasta su cuarto de asmático, todo fumigado, la ciudad.

Veinte años más tarde, las muchachas en flor madrileñas hacían cálculos proustianos—de tan sutiles—para llegar al paseo de la Castellana a punto de encontrarse con su estudiante o su nada estudioso ente masculino que les sacase de soltería. Y las madres de las muchachas en flor hacía dos horas que corrían las calles de Madrid en busca de lo necesario y de lo innecesario, en busca del reflejo de su silueta bien compuesta, del eco de su andar gentil, de encuentros con conocidos y con desconocidos. Era frase de mujer muy femenina: "Voy a ver si estoy en la calle de..."

Los caballeros estudiantes—o en edad de serlo—seguían el paseo de las muchachas en flor. Los caballeros todos salían varias veces al día de casa a lucir bigotes y bastones, y algunos barba y patillas, y a deslumbrar a la gente menuda con el brillo de las puntas de sus zapatos.

Y el rey de España, Alfonso XIII, no hacía excepción a la regla. Con un solo ayudante a su vera y una cañita en la mano circulaba por la Puerta del Sol, por Alcalá..., por las calles de Madrid, que eran buenas para que las pisase un rey.

Impresionantes en su fisonomía, los hombres del "98" circulaban también a diario por la calle de Alcalá, por la del Prado, por la cuesta de Moyano, por los paseos de Recoletos y de la Castellana... ¿Adónde iban? ¿Al café, al Ateneo, al Museo, a la librería, a la Biblioteca...? Estaban en la calle y es lo que cuenta, porque para eso se habían venido de la periferia de la Península a Madrid.

Ahora todo el mundo circula, sin dar al hecho valor alguno, por las calles de la ciudad. Si se va con alguien, no es preciso detener el paso para con él—o con ella—dialogar. Los encuentros entre personas de sexo contrario carecen de interés y son sencillísimos. Ni hay besapiés con la palabra y besamanos con reverencia. Tampoco se sigue a las mujeres por la calle con la mirada crítica y la palabra justa pronunciada o silenciada, pero que clavaba a la persona como una instantánea de *flash*.

En la calle pasaban cosas, no sólo la gente pasaba por la calle. Tampoco había accidentes en todas las esquinas. Se salía a la calle, se iba a la calle. Cierta que antaño, como hogaño, la calle fue siempre camino, pero el ritmo del vivir hacía posible que el tiempo que casi todos los ciudadanos pasaban en la calle formase parte del vivir de la ciudad.

La preocupación por la calle y su buen acondicionamiento fue cada vez mayor. La luz, primero. La decoración, después. El lujo confortable, en fin. No sólo las flores han sido desde siempre adorno ineludible de las calles de la ciudad—salvo en las de nuestras ciudades, en las que sólo durante la estación propicia lucen flores, y no a lo largo de todos los meses del año, como en Europa fría—. Ahora, además del sentido de la vista, se ha querido satisfacer el del confortable circular, calentando y aun refrigerando las aceras. Y el del olfato. Porque las buenas calles de las grandes ciudades están perfumadas desde las tiendas famosas.

Preocupación máxima fue, al mismo tiempo, el firme de las calles. Uno de los encantos de París eran sus calles *empedradas* de madera oscurecida, que hacía a las gentes pisar calle como quien pisa salón. El granito gris luciente de Madrid ha sido base perfecta, durante mucho tiempo, para el fino calzado de los madrileños de ambos sexos.

Las aceras de las calles—de algunas especiales calles—en nuestro país y en todos los países de Europa se habían convertido en terrazas de café durante la estación propicia. Y se hicieron cubiertas a estas terrazas, y se colocaron las mesas sobre tarima para que la calle pudiera lucir en todo tiempo el teatro de los asentados en el local—ni abierto ni cerrado—y los asentados pudieran disfrutar del gozoso espectáculo de la calle.

Lo cierto es que, hasta hace muy poco, también en nuestro país la calle, la calle de la ciudad, trataba de ofrecerse cada día mejor acondicionada para el ciudadano como escenario de su ciudadano vivir—para que en la calle exhiba su prisa, su extravagancia y, al hacerlo, cree lazos irrompibles entre hombre y ciudad por el hombre habitada—.

Toda ciudad consciente cuida hoy día sus calles y trata de que no degeneren en vías de comunicación.

Las ciudades conscientes cuidan las fachadas de las calles y el encuentro de calles entre sí, que crea perspectivas increíblemente bellas, sorprendentes siempre—si se han trazado debidamente—. Y cuidan también con máximo esmero la llegada de las calles a las plazas y su conversión en jardinillos. Y se distingue entre calles y calles. Y se sabe en cuáles puede dejarse que florezca el anuncio y en cuáles no; en cuáles hay que respetar un árbol, aunque la calle sufra un desvío, y en cuáles no; en cuáles se pueden abrir escaparates y en cuáles no conviene los haya.

Toda ciudad consciente sabe que si anula las aceras, si hace a través de su corazón vías impisables por el pie ciudadano, como ciudad ha de morir tras muy breve agonía, sobresaltada por el desorden de los coches aparcados en tropel dentro de las aceras.

¿Entonces?

Fuerza es reconocer que estamos en la hora crucial de la muerte de la ciudad, porque no se sabe dar el adecuado trato a sus calles. La ciencia de la ciudad, el Urbanismo, ni siquiera llama calles a las más importantes de una ciudad, sino vías de



CALLE ALBERGADORA DE CIUADELA. AL SUBIR DEL MAR, EL HOMBRE GUSTA DE SENTIRSE A CUBIERTO DE TODA INTEMPERIE.



PALACIOS, CASAS SOLARES. POR AQUI JUGARIAN, NIÑOS, LOS HOMBRES QUE POBLARON EL NUEVO MUNDO. ESQUINAS GRAVES, INCITANTES.

UN LUGAR CASI UNICO EN MADRID. QUIEN NO PASA POR LA CALLE DE LA PASA, NO SE CASA. PASA, CASA, CASORIO. MEDITEMOSLO ANTES EN ESTA PLAZA NOBLE Y SENCILLA. DE NOCHE SUENA A CORRER DE SIGLOS. HAY MUCHOS GATOS.



comunicación, a veces, y arterias, otras. Cuando es sabido que una calle nada tiene que ver con estos sistemas vitales. Las calles son nervios y fibrillas sensibles que vivifican el área de la ciudad.

Me parece que llegada esta hora a que hemos llegado no hay sino admitir la muerte de la ciudad por insensibilidad ciudadana hacia sus calles. Está naciendo una nueva forma de habitat humano que acaso sea más favorable para el desarrollo del hombre nuevo, viajero espacial, conocedor de muy grandes secretos de la Naturaleza. Ciertamente se hacen intentos, fuera de España, por rehabilitar las calles, y con ello se reavivan las ciudades. Se trata de hacer la calle lo más grata posible al transeúnte. Diríase que los papeles se han cambiado. Ahora, en las nuevas calles, no es el ciudadano el que sale a buscarse a sí mismo en la calle; es la calle la que busca al ciudadano poniendo a contribución todas las técnicas que ofrecen una posibilidad de atractivo callejero. Y se hacen calles de pavimento mullido, y calles calientes, y calles con dibujos atrayentes de pisar, y calles que no guardan el agua, y calles con perspectiva de agua corriente en fuentes bellas y armoniosas, y calles que tienen posibilidad de ser rodadas por un lado y caminadas a otro nivel, y calles con luces que parecen joyas prendidas a lo largo de las aceras.

Por el lado de los ciudadanos también se está haciendo algo que puede salvar la calle. Son los jóvenes los que han emprendido un vivir, en medio de la calle, asombroso. Están en la calle horas y horas los jóvenes. Tienen en plena calle sus reuniones, sus asambleas, sus amores. Trabajan en plena calle sus obras de arte y las exhiben. Hacen música en la calle. Pero no como los antiguos músicos callejeros, para ganar el jornal que de otro modo no hallaban, sino porque les gusta y les es grato hacer música en plena calle, acaso porque no está ni del todo prohibido ni del todo permitido, y estos jóvenes viven en filos siempre, en equilibrio perpetuo.

El turismo—hecho esencial de nuestros días—también es un factor importante en la revitalización de la calle. Pensemos en las ocasiones en que hemos sido turistas cada uno de nosotros. Turistas visitantes de ciudades. ¿No han sido las calles de las ciudades el lugar de nuestro encuentro auténtico con la ciudad?

En plena calle, nuestros encuentros con las gentes de la ciudad nueva. Con el latido de sus vidas. Con el color de la luz de la ciudad, peculiar y distinto en cada una de ellas. En muchas ocasiones sabemos que los materiales de aquellas construcciones son los mismos que los de las nuestras. Y los tonos de las prendas de vestir, idénticos. Y los de todo lo pintado. Pero la luz hace que ladrillo y cemento, pinturas y tez de las personas adquieran distinto resplandor en cada ciudad, y carácter para nosotros insólito en la ciudad no acostumbrada.

La sorpresa gratísima de lo nuevo—de la ciudad nueva, sobre todo—tiene lugar en plena calle, en medio de las calles, por entre calles. Por sus calles las conoceréis; puede decirse que las ciudades son las calles, las obras de la ciudad. Y es triste que en nuestros días, y en la calle, la voz obras tenga sentido de... Sin embargo, algún día, mundo adelante, se les pasará a las calles este mal epidémico, que les hace patentizar sus entrañas revueltas, que les hace dejar ver sus enmarañamientos de materiales, por entre los que, a menudo, sangran tierra las calles.



SUBIENDO POR ESA CALLE DE VENTANAS CIEGAS, ME ACOSABAN A VOCES: "¿USTED?... ¡EH!... ¿USTED POR QUIEN PREGUNTA?" SUBO LA CALLE SIN VOZ. "¿QUE NO PREGUNTA POR NADIE?" TODAS LAS VENTANAS TIENEN AHORA UNA MUJER ENMARCADA. POR LO VISTO, EN CHINCHON LA CALLE ES TAN SOLO UN VEHICULO QUE LLEVA A UNA PERSONA A PRESENCIA DE OTRA.



ESPECTACULO CALLEJERO NOVECEN-
TISTA. PARIS: PLAZA DE LA CONCOR-
DIA. NADIE SUEÑA EN PARIS CON SA-
LIR A LA CALLE SIN UN PERFECTO
ATUENDO. LA CALLE, ESCENARIO TO-
TAL EN QUE LUCE LA PERSONA.

CALLE CONVERTIDA EN CASINO AL
AIRE LIBRE, CONCURRIDO POR SO-
CIOS DE ESPECIAL EDAD.





ESCALINATA DE LA TRINIDAD DEL MONTE. ENLAZA LA PLAZA DE ESPAÑA CON EL MONTE PINCIO. LUGAR DE ENCUENTROS SORPRENDENTES—LOS "FAMOSOS" DEL MUNDO SUBEN, BAJAN, SE ASIENTAN EN ESTAS GRADERÍAS—. EN LA CASA DE LA ESQUINA MURIO KEATS (1821). LUGAR DE ENCUENTROS CONCERTADOS. LAS NOCHES DE SIROCO HAY QUIENES DUEMEN EN LA ESCALINATA. TODO PUEDE ACONTECER EN ESTOS DESNIVELES, DESDE DONDE SE ASISTE A LA VIDA DE LA PLAZA, AL CHORRO DEL AGUA DE LA "BARCACCIA" DEL BERNINI, AL BULLIR DE LAS CALLES DUE MACELLI, PROPAGANDA FIDEI, BABUINO, CONDOTTI...



POR AQUI LLEGABAN A PALACIO LOS EMBAJADORES DEL MUNDO CERCA DE LA CORTE DE LOS AUSTRIAS ESPAÑOLES. A PESAR DE TODO, LA CALLE TIENE ANCHA PRESTANCIA. NO ES VERDAD QUE LAS CALLES CAREZCAN DE MEMORIA.



DE LA CALLE SE LLEVA A LA CASA CUANTO ES NECESARIO PARA LA VIDA: COSAS MATERIALES Y EL ESTUPENDO "SE DICE QUE..." Y "ME HE ENTERADO DE QUE..."

Decimos familiarmente la frase recogerse en la calle. Y en la ciudad distinta a la nuestra esta frase no es ironía ni metáfora. Prueba de ello es que el turista considera la calle de la ciudad que no es la suya como un recinto en que aposentarse. Y allí donde halla una altura conveniente, se sienta. No le importa que sea escalinata, o borde de una fuente, o pedestal de un monumento, o barandal de cualquier especie. Lo importante en la ocasión es hallar lugar en que apoyar el cansancio, o la meditación, o la contemplación de la ciudad que se visita. Y, en este sentido, el turismo es beneficioso para las ciudades—para los países—, para los nacidos. Mucho más que por otros aspectos que los Estados tienen más en cuenta.

Porque mucho más importante que los beneficios económicos que el turista supone para un país es el bien que deja su pasar. Queda en el país ajeno el tiempo de unas vidas. Y con ello todo el mundo se enriquece. Misterio del tiempo que los hombres viven. El tiempo vivido en común—aunque sea en plena calle—es lo que traba entre sí a las gentes, mucho más que las razones económicas. Ese tiempo del pasar por una ciudad deja huella en los cuerpos de los hombres en forma de un cansancio—cansancio de calles nuevas—. En forma de meditación, porque suscita mil preguntas y plantea mil problemas la calle desconocida todavía. Atrae de manera sensible y despierta la sensibilidad contemplativa del turista la calle extraña.

Todo ello merece ser tenido en cuenta a la hora de pensar en la ciudad, en las ciudades de hoy que son de calles.

Las calles deberían ser declaradas de importancia vital para la ciudad. Debería haber unas leyes, unas ordenanzas que protegieran las calles. Y no las hay. Debería haber unos incentivos nuevos que hicieran a los madrileños reavivar sus calles. Y hay lamentos y lamentos por las calles perdidas en el núcleo clásico de Madrid. Y parece extraño que sean madrileños quienes tratan de hacer Madrid transitable. Pero madrileños que olvidan cómo Madrid lo que ha de ser—si se quiere que siga siendo ciudad cuajada—es callejeable.

No se pueden romper las calles, la traza de las calles de una ciudad, impunemente. Es como modificar el camino de la vida humana. La ciudad no muere por ello, ni tampoco el viviente humano. Pero se convierten en otro ser, un ser distinto del que hasta entonces había sido. Y cuando la ciudad o el viviente llevan siglos, llevan años discurriendo por unos mismos caminos, esa conversión es peligrosa: con ella se gana nueva vida acaso o se acaba de perder la vieja totalmente.

La vida necesita caminos. La ciudad necesita calles para no transmutarse en habitat—esa nueva forma de albergue humano conjunto que puede ser excelente, pero si se instala en campo raso antes no construido, campo virgen de cimientos seculares—.

Madrid, villa pequeña,alzada a capital artificialmente un día, ha llegado a ser ciudad grande y nuestra naturalísima, entrañable ciudad. Y puede seguir en el Tiempo,alzada sobre esta meseta, si se le dejan vivas sus calles—calles callejeables—, auténticas calles nuestras.

Yo pido calles, calles en la ciudad de Madrid, porque los madrileños todavía somos capaces de usarlas. Y a los turistas nuestras calles les hacen pensar, y discurrir, y alegrarse, y cansarse.